

PEDRO PABLO PAREDES

A L A B A N Z A

DE LA

C I U D A D

P O E M A



CARACAS

1947

PEDRO PABLO PAREDES

A L A B A N Z A

DE LA

C I U D A D

P O E M A



C A R A C A S

ESCUELA TECNICA INDUSTRIAL

TALLERES DE ARTES GRAFICAS

1947

Ahora quiero arrodillar la pluma, para evocar junto a la ventana del Domingo, el nombre de esa joven ciudad que vió levantar la palma de mis años. San Cristóbal me escucha, cálida y transida por un alto meridiano de fronteras. Y evoco la villa que se conmueve como fresca bandera sobre el aire poniente de los valles nativos. Y el mirador familiar desde cuyos frescos altillos escuché por vez primera las campanas del anochecer. Y la escuela provincial, con su patio pasado de sol y rumorosas mañanas. Y el jardín melodioso en el que las hortensias avanzaban con lenta jerarquía, (—por aquel jardín solía bajar mi madre—) y cuyo perfume todavía me toca la voz cuando canto. Y el río, raudo y dealzada vestimenta, con cuyo rumor —¿quién lo sabe?—, levanté yo la letra de mi primer poema. ¡Casi hasta creo que sobre el hombro del Torbes crucé hace ya muchos años el prado de la infancia! Y es que San Cristóbal, como las damas altivas del Renacimiento, tiene puño de encaje, yelmo de laureles y corona de dulcísimo hierro. Su flor de heroísmo es letra en la memoria del verso y ramo suspendido bajo el umbral de su lámpara vigilante. ¡Yo arrodillo la pluma para evocar la villa que escuchó levantar la palma de mis años! Y ahora me detengo,

porque Pedro Pablo Paredes, —poeta escogido por la mano nevada de los últimos sueños—, trae para nuestra joven ciudad-patria un poema luminoso, parecido a una espada. En un metal de firme tradición y acento devoto, Paredes ha forjado su hidalgo poema. Y con él

llega, riberas del Torbes, el ferrado Don Juan de Maldonado, a quien roncós atambores le vienen anunciando. Aguilas de España salen de su tizona. Ha nacido una ciudad. Luego vienen el aire y el paisaje, y el amor con su tibia cadera mestiza, y el río adolescente de espumas, y la iglesia con su arcángel, y los sitios de claro nombre, y el tiempo con su calendario y su crepúsculo. La ciudad ha crecido como un sueño. Y Paredes está junto a ella y tiene en su mano la mano de la amada. ¿Qué más limpiamente bello que una novia, un poeta y un canto para elogiar la tierra predilecta? Y me detengo de nuevo,

3

porque el canto de Paredes os espera con un dejo celeste y con voz que sabe a corazón profundo, a alma de poeta verdadero. Queden con el cantor privilegiado, la hermandad de mi palabra y el testimonio sorprendido de mi gratitud por la gracia inmerecida de la dedicatoria. Y alcáncele este honor, en lo mucho que se lo merece, a José Antonio Escalona-Escalona, porque él, lírico que lleva bajo el sentimiento la poesía de San Cristóbal, ha editado las letras de Paredes como un homenaje a la gloria y al júbilo de nuestra Villa muy amada. Y entrad ahora en el poema. Entrad en la ciudad, con su joven y enamorado cantor. Yo me detengo a sus puertas. Arrodillada tengo la pluma sobre la tierra de los recuerdos y aquí, junto al umbral del Domingo me espera, para ir a soñar en los jardines, mi serenísima doncella Melancolía.

JUAN BEROES.

En Caracas: Domingo 23 de Marzo. 1947.

A JUAN BEROES.

Dedico.

I

Estoy aquí, al Poniente del mapa de la Patria
colgando de los hombros de la luz este canto,
en el que una alta danza de frutos y semillas
alza al cielo, al compás de los morenos ojos
de las muchachas leves, la gracia de los campos
y el corazón jugoso y oscuro de la tierra.

Y llegan a mirarse en el principio
de este poema mío, el árbol donde
apoya la tarde su alegría, el pájaro
que enseña geometría a las nubes,
el cielo detenido del remanso,
la redondez frutal de las colinas.

Y aquieto el corazón para que pueda
verificar el mapa milagroso
donde la tierra muestra su numerosa imagen,
y la ciudad es un esquema
despoblado de ojos, todavía,
desnudo de miradas, todavía,
sin corazón y sin latido y sin dorados sueños, todavía.

II

Por entre un verde asombro de espigas y arboladas,
corre tu voz delgada, Ciudad de joven talle,
Ciudad de piernas ágiles como muchacha en fuga.

Te arrollas a las sienes, de tarde, la neblina
para marchar callada a encender los luceros.
Al alba, elevas, claro, tu perfil de rocío
vagamente encendido por la sangre terrestre.

Yo he visto las mañanas fulgurar en tus hombros
con su carga de aromas y de trinos inéditos,
cuando el cielo dispersa su luz por entre el valle
y la gárgola ensaya su silabario de agua.

Y he sentido en tu seno la madurez del día,
como un fruto redondo, caer. Sobre tus manos
reclina sus mejillas la tarde. Levantados
tus brazos van contando las estrellas azules
cuando el cansancio agota la placidez del hombre.

Ciudad caudalosa de muchachas, ocultas
un poco todavía de la rústica lengua
que te trajera al pico de su montura bárbara
el fiero y alto y bárbaro Don Juan de Maldonado,
el español que, un día, te incrustó en la montaña,
aquí, al alto Poniente del mapa de la Patria.

Por la entraña corriente de tus ríos circula,
desde entonces, tu esencia de vegetal pujanza.
Y a tu paso seguro de fuerza y de victoria
te habla el tiempo al oído su idioma de laureles.

III

Disperso como un hombre te reclamo,
Ciudad de San Cristóbal, en mi canto.
Y conozco que cabes toda y bella
en un breve paréntesis de risa
y en el dolor redondo de una lágrima.

Te siento, a veces, galopar sin tregua
por el sordo relincho de la sangre,
bravía y vegetal como una selva,
agobiada de ríos como el llano.

Tendida en *La Sabana* cual si fueras
a esperar al Doctor Santos Luzardo
que viene de vencer a Doña Bárbara.
Y en *La Guacara* con tu lengua líquida,
enseñas el lenguaje de los pájaros
y el alfabeto verde de los bosques
a las arenas, que son niñas breves
en luz y ronda de humedad perpetua.

Yo seguiré, después, tu piel de mapa
arriba, abajo, al este y al oeste.

Asomo el alma al horizonte verde
de Zorca, para ver tu cuerpo entero:
Miro el Torbes lamer tu pié desnudo
con sus innumerables lenguas húmedas
y alzarse por cubrirte hasta los muslos.

Barrio Obrero es la altura de tu frente,
y *San Carlos*, tan alto como un hombro,
sostiene el corazón de la mañana.
La Ermita con la aguja de su torre
podría darle centro en el espacio
a una circunferencia de palomas.

Estoy aquí, Ciudad de San Cristóbal,
hecho por tí de amor y lejanías.
Estás en mí, Ciudad de San Cristóbal,
hecha por mí de sueño y suspendida
en el temblor final de las palabras.

Difundes mi emoción en tu lenguaje
numeroso de aromas y campanas;
y alzas mi corazón, que sólo habita
entre tus cuatro sitios cardinales,
hasta la dulce altura de tus vientos.

En la Plaza Bolívar, la desnuda
espada caudalosa te señala
el rumbo y la conquista del futuro,
la posesión segura del espacio,
la clara eternidad de tu presencia.

IV

Yo aprendí a conocer tu signo innumerable
en esta niña leve que habita la esperanza,
cuya claror morena aclimata los días
dentro de un movimiento de espera y de congoja;
y en cuyas manos cabe la dinastía del sueño
que baja de las turbias colinas del desvelo.

Sobre tu espacio entero, Ciudad, y en tus esquinas
el júbilo descubre la sombra de sus ojos
y la luz de la arena que moldeó su huella.

Por ella permaneces, Ciudad de Ys de mi sangre,
desatada en palomas por el hondo latido
con tu sabor terreno de bosques destrozados
y con la prisa en vuelo de tus sonoros pájaros.

He sentido en sus manos, Ciudad de San Cristóbal,
tu unánime ternura palpitar y en sus ojos
el embrujo y la fuerza de tu entraña telúrica
sumergida en la savia juvenil de tus bosques...

¡Villa de Maldonado, Ciudad de San Cristóbal,
escribo sobre tí, Ciudad Mía, escuchando
tu corazón presente latir en el futuro!

La presente edición de este
poema es un homenaje de
J. A. Escalona-Escalona
a la ciudad de San
Cristóbal.

